

# Don Ramón, contemporaneísta

La propia vida de don Ramón Carande constituye un retazo pleno de interés de la más rigurosa contemporaneidad española y europea. Pocos fedatarios ha tenido el siglo veinte más lúcidos y sensibles. De un fin de siglo a otro fin de siglo se proyecta su existencia. Como lo describe en sus jugosos recuerdos de infancia y juventud la carreta aún imponía su paso a gran parte de la vida de la España canovista; el avión a reacción comenzaba a estar superado en la España filipista en la que murió. Muchas cosas, en efecto, entre la yegua o la mula y la turbina atómica. De todas o casi de todas dio buena cuenta y razón el primer historiador de nuestra economía. En su inmensa obra de memoriógrafo don Ramón estuvo poseído por una gran pasión de retratista, hasta el punto de convertirse en nota definitiva de su carácter y trabajo intelectual. Son incontables los rasgos, tics, modas y costumbres de la España de su tiempo recogidos con minuciosidad de contable y vibración de artista. Los usos y hábitos pedagógicos de la «Belle Époque», la idiosincrasia de las clases pudientes sevillanas de los años cuarenta, los atisbos de los 50, los estremecimientos de la «década prodigiosa», las ilusiones de la democracia, la sedimentación de los ochenta quedaron anotados en sus escritos «menores» para provecho y delicia de los investigadores de nuestro más próximo pasado.

Incluso sus profundas catas en los días bajomedievales y carolinos están transidas, como en todo historiador de raza, por la preocupación y atención a los problemas y debates de su biografía colectiva. ¿Cómo conciliar el Estado de las libertades con el Estado de la socialización y la igualdad? ¿De qué forma, anverso de la interrogación anterior, pueden asegurar los celtíberos una convivencia respaldada por un desarrollo económico sostenido y firme? Burgués ilustrado por nacimiento, estudios y preferencias, Carande sintonizaba plenamente con sus antepasados dieciochescos en orden a pensar que el binomio económica-educación se dibujaba como un vaso comunicante para el logro de un país maduro y abierto. Posiblemente, una burguesía más amplia y dinámica que la nacional hubiera puesto fin al pleito de España con la modernidad, acomodándola a la marcha de otros pueblos occidentales, por él tan admirados, como Francia, Gran Bretaña o Alemania. Alguna de sus reflexiones de la Guerra Civil estampadas en el citado libro de recuerdos junto con otras meditaciones esparcidas con cierta prodigialidad en sus semblanzas y galería de figuras de su tiempo dan pie para imaginar que, en momentos de autocrítica, se consideró como miembro de una generación frustrada en su gran y noble empeño de regenerar el país a través de una cruzada educativa, que no encontró la asistencia debida, pero a la que faltó igualmente una estrategia adecuada a los condicionamientos reales de un pueblo como el hispano muy lastrado por hipotecas de intolerancias y carencias de vario tipo.

Al igual que gran parte de sus mejores coetáneos, don Ramón se sintió atraído en su juventud por el socialismo. Lo que viera de él en sus años de formación madrileña

y germana le sedujo, y aspiró a que las tendencias democráticas prevalentes en la Alemania guillermina adquirieran también la primacía dentro del movimiento creado por Pablo Iglesias. Sin un proletariado adulto, con elevado nivel de sindicación y educación política, se hacía impensable una España a la altura de los tiempos, e integrada verdaderamente en la órbita de los países occidentales. Concibiéndolo así, el autor de *Carlos V y sus banqueros* vivió plena e ilusionadamente la sugestiva aventura en la que se embarcaron muchos cuadros de la Institución Libre de Enseñanza y del socialismo de los años diez para la creación de un vasto movimiento ciudadano, plataforma de entendimiento y de afanes entre la burguesía progresista y el proletariado de obediencia socialista, el más afín a los planteamientos de la primera. A largo plazo esta conjunción de esfuerzos no descartaba, para alguno de sus mentores, su cristalización en una fuerza política, convertida en auténtica alternativa al agónico turnismo de la Restauración.

El episodio de don Ramón Carande con carné de la Unión General de Trabajadores es una de las más valiosas anécdotas de su vida y prueba una de sus virtudes relevantes, la autenticidad. Proclama que el hombre nacido en un medio social privilegiado, tal el suyo, puede protestar contra una sociedad inaceptable por su injusta estructura, por su formalismo y su conducta egoísta enmascarada de filantrópica voluntad; pero muy rara vez ese hombre llevará su protesta hasta unirse con toda su alma y toda su pasión a la acción de quienes sufren materialmente una vida privada de sus goces. El partido político no es para el intelectual, sea conservador o revolucionario, el medio natural de sus actividades político-sociales. No fue larga ni intensa la colaboración de don Ramón en la Escuela Nueva, pero sí significativa, porque don Ramón sabía y sabe bien que el hombre es un animal político, que no quiere decir lo que creen nuestros políticos poco aristotélicos, un animal habilidoso y marrullero entre los otros hombres, sino algo menos animal: un animal que necesita para realizarse vivir en una sociedad ordenada jurídicamente. Pero a don Ramón no le atraía ni le atrae la actividad política del gobernante; y así en medio del estruendo tormentoso de aquellas fechas, seguía con más atención la marcha de la cultura en todas sus manifestaciones que el movimiento de la política. (R. Pérez Delgado, prólogo a *Galería de raros atribuidos a Regino Escaro de Nogal*, Madrid, 1982, p. 21.)

Al margen de sus aficiones culturales, la «excentricidad» de don Ramón, primero en Murcia y luego en Sevilla, fue tal vez la principal causa de su apartamiento de la citada corriente intelectual, que contemplaba en él a unos de sus guías, tal y como cabe deducir de los ofrecimientos y referencias hechos por Luis Araquistáin y otros directivos de la *España Moderna*, principal órgano de la tendencia descrita.

Más tarde es de sobra conocida la «llamada a la política» que recibiera Carande, después de su fugaz rectorado hispalense, por el régimen instaurado en 1931. Muchos caminos llevaban a desembocar su biografía en las huestes acaudilladas por su admirado Azaña; y hartos sabidos es también cómo éste le tuviera preconizado para el cargo de ministro de Transportes, cuando uno de los normales temblores de tierra de la política de aquella etapa dio al traste con el deseo de don Manuel. Es presumible que de haberse realizado aquél las ideas e inquietudes políticas de Carande se habrían cumplido con su cooperación a la obra perseguida por los más egregios espíritus republicanos: la asunción por el pueblo español de sus destinos y el logro de una convivencia democrática y justa. Durante medio siglo don Ramón no dejaría de rumiar los motivos que lo impidieron.

Pero más que la preocupación política y la actividad pública desplegadas por Carande, lo que nos interesa en la ocasión presente es recalcar en su obra de estudioso de la España contemporánea. Muy atinadamente pensaba que las raíces de buena parte de

los problemas actuales sentaban sus bases en el siglo de las luces. Esta razón, junto con su afinidad anímica con los ilustrados, según ya hemos dicho, determinaron sus simpatías por dicha centuria y por algunos de sus hombres, ofreciéndonos una muestra de ello en un notable artículo, concluido con hermosas y agudas palabras.

El tono moderado de nuestros reformadores, en un país extremoso, cuyos hombres e instituciones, desgraciadamente, subordinan el bienestar de la colectividad a las apetencias particulares, y en el que han prevalecido sobre el Estado las oligarquías de cualquier signo, según los tiempos; en el que rara vez propendemos a respetar los móviles honestos de la conducta ajena, ni a secundar las iniciativas lúcidas, cuando no las compartimos, estaba condenado, aquel tono precisamente por ser comedido, a encontrar adversarios exaltados en uno y otro flanco. No debe olvidarse la acción estragadora de tendencias acusadas y persistentes, si queremos explicar la falta de arraigo de aquel programa de las sociedades económicas, o patrióticas, cuya huella es, sin embargo, notoria en más de un caso. (*Siete estudios de la Historia de España*. Barcelona, 1969, p. 181).

Luis López Ballesteros fue, por múltiples motivos, el último gran epígono de la élite gobernante carlotercista. No es extraño, pues, que Carande consagrara unas páginas muy sagaces a comentar la biografía del inteligente hacendista pontevedrés llevada a cabo por el alpujarreño Natalio Rivas. En esta reseña bibliográfica afloran aquí y allá sugerencias que fue gran lástima que el propio Carande no las analizara por menudo ulteriormente. Así la defensa de la honestidad de gran parte de los responsables de nuestro fisco está cuajada de aciertos y acometida con su característica beligerancia hacia el tópico y la injusticia.

La trayectoria de nuestra vida contemporánea volverá a presentar otro foco de atención para la pluma del profesor palentino en el capítulo escrito por la Institución Libre de Enseñanza. La sobria escritura de don Ramón, tan enemiga de la grandilocuencia y de los adjetivos, se torna exuberante al hablar de la tarea de don Francisco Giner de los Ríos y sus discípulos. El surco de ésta fue profundo, y en él se sembraron algunos de los mejores frutos de nuestra historia. Sus hombres acertaron en todo. En el diagnóstico de los males y en la receta de su curación. Derrocharon entusiasmo y esfuerzo, y huyeron del éxito fácil y de las actitudes oportunistas. Hasta el fin de su vida mantuvo Carande una fidelidad y estimación sin sombra a la labor acometida por sus maestros universitarios, en particular, por el fundador de la Institución y por el manchego José Castillejo.

[...] pero terminaré recordando que Giner ejerció continuamente en grado superlativo (con otras), dos virtudes a las que España debe tesoros, en la educación psicológica y en el conocimiento de las personas. Una y otra virtud lucen en la elección libérrima de colaboradores, no todos procedentes ni todos adictos de la institución. Supo poner a cada uno en la tarea que mejor le cuadraba y en lugar idóneo para realizarla. A ello deben la Junta de pensiones, la Residencia de estudiantes, el Centro de estudios históricos y el Instituto-escuela su asombroso rendimiento. Estos centros indispensables para la universidad del porvenir los concibió, sin duda, Giner, pero los frutos incalculables son obra de don Manuel Bartolomé Cossío, don José Castillejo Duarte y don Alberto Jiménez Frau; ellos hicieron, con ilusión y sin cansarse, lo que don Francisco inspiraba y que en persona y solitario, no hubiera podido realizar. A estos hombres, y a colaboradores suyos, conocidos unos y otros innominados, no debe olvidarlos España, ni podría pagarlos, ni ellos pretendieron jamás cobrar. Destaco estos hombres entre nuestros acreedores preferentes. Antes de ahora los he evocado y, ahora, lo repito, avergonzado de innumerables pretericiones y de flagrantes injusticias, y no me cansaré de repetirlo [...]